



Reinaldo Arenas O LA DISIDENCIA

*Pero hoy no se oirá al fraile de “la voz de plata”, sino que en cada
púlpito se ha de levantar un sermón de injuria contra él.
El mundo alucinante (1969)*

DAVID
MARÍN
HINCAPIÉ

Reinaldo Arenas (1943-1990) fue uno de los tantos artistas cubanos desengañados de la revolución. Y otro de los homosexuales perseguidos por el régimen castrista. Se movió en la cartografía literaria cubana como una estrella fugaz. Su obra goza, en un estilo muy personal, del barroco americano cultivado por su mentor José Lezama Lima. Signada por la tragedia, en ella el autor se expresa sobre la condición humana bajo el yugo de la represión. Fue un escritor que consideraba a la literatura no como un juego, sino como un fuego que consume en medio de una ardorosa actividad política. Ello lo llevó a enfrentar el totalitarismo comunista desde su trinchera literaria. La soldadesca de Fidel Castro lo condenó por observar en

él a un espécimen social de alta peligrosidad. Su obra fue tan perseguida como el escritor mismo. Pasó dos años en prisión por ir en contra de la causa revolucionaria. Más tarde, envuelto en otro tipo de opresiones surgidas del sueño norteamericano, se valió de esa misma actitud disidente ante toda forma de sometimiento, para criticar a los intelectuales que, como Gabriel García Márquez, parecieron indiferentes a los campos de concentración, las vastas prisiones y el pensamiento amordazado (Arenas, 2001). *El mundo alucinante* (1969), su más notable narración, salió de la isla como un manuscrito clandestino. Fue publicada primero en lengua francesa, en la ciudad de París, donde obtuvo en 1968 el premio *Le Monde* a la mejor novela extranjera. Por un lado, se trata de uno de esos extraños fenómenos en los que la naturaleza de la obra de arte cobra vida en la del artista al prefigurar su fin trágico. Por otro, de una de las novelas en las que se definen las transformaciones de la novela histórica en América Latina, con la que se problematiza la relación entre lo histórico y lo imaginario.

I

En 1949 el también cubano Alejo Carpentier saluda el inicio de la segunda mitad del siglo xx con su célebre novela histórica *El reino de este mundo*. El contenido de este saludo es un signo visible de las preocupaciones técnicas, estéticas e ideológicas de la actividad literaria de la América Latina de entonces. Al respecto, Carpentier deja un mensaje claro en el prólogo que escribe para la primera edición de su obra: sin prescindir del “compromiso con la realidad social de las vivencias americanas”, y sobre una “documentación rigurosa que respete la verdad histórica”, los jóvenes narradores están llamados a captar las “inesperadas alteraciones”, las “privilegiadas revelaciones” y las “inhabituales iluminaciones” que, “percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu”, representan el basamento de la expresión americana. Como testimonio de estas preocupaciones, de activas y entrecruzadas tradiciones, nutrición y sustentación, de ideologías y estilos, no solo se cuenta a Carpentier. También están en la misma órbita el Jorge Luis Borges de *Historia universal de la infamia* (1935), el de *Ficciones* (1944) y el de *El Aleph* (1949). Se trata

de obras que marcan ese momento definitivo con el cual comienza una época literaria. Momento definitivo que, frente a la impronta hispánica y los motivos de las literaturas nacionales, y bajo un estímulo artístico heredado de los experimentos de vanguardia, se abre paso a la proyección universal de la literatura latinoamericana.

2

Fue Jorge Luis Borges quien promulgó, con un toque de ironía pesimista, las dificultades de acceder a la verdad histórica. Varias veces se le oyó hablar, en entrevistas, sobre la cercanía existente entre la historia y la literatura. Como lo demuestra Gabriela Cittadini, dicha relación la lleva Borges hasta el extremo cómico de semejar su comportamiento de ejecución literaria a la técnica de escritura de Edward Gibbon, considerado el primer historiador moderno. El argentino recuerda haber leído, de la mano de Lytton Strachey, que aquel historiador escribió y reescribió tres veces el primer capítulo de la *Historia de la decadencia y la caída del Imperio Romano* (1776-1789), y que luego de que dio con la entonación que convenía, con el tono que convenía, encontró su estilo y siguió. Pero es quizá en su cuento “Pierre Menard, autor del Quijote” (1935) donde encontramos la síntesis del pensamiento borgiano sobre el concepto de historia. Allí donde el cuento dice “Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad, sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió: es lo que juzgamos que sucedió”, vemos a Borges con la más amplia de las carcajadas, jamás escuchada en público. Y ríe porque comprende que el historiador, entregado al error de suponer que es capaz de llegar a la esencia de la verdad de los hechos pasados, se sabe presa de las encrucijadas del lenguaje y de todo aquello que concierne a dicha reconstrucción. De ello se desprende que, según Gabriela Cittadini (2011), para Borges el historiador y el escritor están iguales por la escritura y ambos son artífices de un discurso, en el que el tratamiento de lo histórico y lo imaginario está signado en el uno por la supuesta verdad y en el otro por la verosimilitud. En la novela *El mundo alucinante*, Reinaldo Arenas asume este problema cognoscitivo como una de sus mayores ambiciones literarias reconocidas.

Más que para efectuar una relectura de la historia oficial, como para exponer cuestiones de la relativización del saber historiográfico, y, en mayor medida, para atender a cuestiones intemporales que aquejan al individuo, la relación entre lo histórico y lo imaginario en la novela de Reinaldo Arenas se puede observar desde al menos tres aspectos. El primero, y quizá el más evidente, es el planteamiento que el autor hace en el prólogo “Fray Servando, víctima infatigable”. El segundo es el tratamiento que el autor le da a la documentación histórica consultada para la ejecución literaria. Y el tercero concierne al contenido imaginario presente en la escritura del clérigo criollo Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), del que se alimentan las biografías y los textos históricos que se han publicado sobre la controvertida figura de la emancipación americana.

El prólogo que acompaña a la novela *El mundo alucinante*, hay que advertirlo, surge como paratexto de la novela a partir de 1980, año en que Arenas escapa del régimen cubano. En este texto, el autor manifiesta su sospecha frente al objetivismo del discurso histórico y se afilia a las ideas venteadas por Borges. Especula, por ejemplo, sobre el hecho de que dos hombres (fray Servando y el poeta cubano José María Heredia) de tiempos cercanos hayan podido experimentar iguales sensaciones en escenarios distintos. Al mexicano lo observa en Italia contemplando una planta de agave, y al cubano lo remonta a las cataratas del Niágara, donde queda suspendido ante el recuerdo de un palmar solitario. Los dos sienten nostalgia ante un fragmento de su patria y, aunque la historia no certifica si se llegaron a conocer, Arenas prefiere pensar “en ese instante, que la historia oficial, como la mayoría de los instantes importantes, no registra, en que el poeta y el aventurero, ya en México, se encuentran luego de las mil y una infamias padecidas y ante el vasto panorama de las que les queda por recorrer” (Arenas, 2010, p. 18). Si, por un lado, lo que hace Arenas aquí es nombrar el asunto del exilio, que comienza a acosarlo en la ciudad de Nueva York, por el otro manifiesta su prelación por lo imaginario.

Esta predilección de Arenas por lo imaginario ante lo histórico es defendida desde varios puntos de vista. En primer lugar, para el cubano los

mamotretos de la historia no recogen los impulsos, los motivos y las secretas pasiones que mueven al hombre. La historia resume y generaliza lo fugaz. Esta postulación está anclada no solo en Marcel Schwob cuando dice: “La ciencia histórica nos deja en la incertidumbre por lo que al individuo se refiere. Tan solo nos revela aquellos puntos que lo relacionan con los hechos y acciones de orden general”. También remite a la contrapregunta de Borges cuando se le interroga sobre el significado de la historia: ¿Qué es la historia sino nuestra imagen de la historia? Respuesta con la cual se conecta al ejercicio de Menard, su personaje. Esta concepción lleva a que Arenas, al contrario del Carpentier de *El reino de este mundo*, desconfíe de lo histórico y crea que el convencimiento en el dato minucioso y preciso no es sino un deleite en lo evidente. Por otro lado, Arenas sospecha de la disciplina histórica porque sus cultivadores conciben el tiempo bajo los ideales del progreso lineal, de índole semítico, indiferentes quizá a los personajes auténticos de la humanidad, signados por la intemporalidad, la infinitud, la eternidad, es decir, por la actualidad. Así, Arenas no duda, por ejemplo, de la infinitud de la cólera y el amor de Aquiles, ni de la infinitud del Nazareno por su impracticable filosofía, independiente de que hayan existido o no. Y en tercer lugar, Arenas sospecha del saber historiográfico porque, vista la realidad a través de la historia, o desde el realismo socialista, “ya no solo es vista desde un ángulo sino desde un ángulo político”. Es decir, el historiador no solo cae en la falacia de la exactitud, en la falacia de la intención idealmente progresista, sino que se acerca al pasado bajo los presupuestos dogmáticos de una ideología que pretende someter. No de otra forma Arenas expresa su disidencia hacia el irreparable aspecto de injusticia que hay en todo dominio exclusivamente humano del hombre sobre el hombre. Siguiendo al Aristóteles de la *Poética*, al Schwob de *Vidas imaginarias*, al Borges de *Historia universal de la infamia*, y al ficticio, pero no imposible, escritor Pierre Menard, Reinaldo Arenas concluye: esta es la vida de Fray Servando Teresa de Mier, tal como fue, tal como pudo haber sido, tal como a mí me hubiese gustado que hubiera sido.

Ahora bien, esta preferencia de lo imaginario sobre lo histórico en Reinaldo Arenas también

cobra real importancia en el manejo que el autor le da al material histórico del que se desprende su novela *El mundo alucinante*. Ante “la acumulación de datos”, “las abrumadoras enciclopedias”, “los terribles libros de ensayo”, Arenas opta por hacer de las *Memorias* del fraile tanto cita como parte fundamental de su ejecución literaria. Lo cual queda revelado en aquel otro paratexto que funciona como carta dirigida a Servando y, entre líneas, como advertencia al lector. Sin embargo, Arenas lleva más allá su trabajo de reescritura, propio de un Menard borgiano.

Como afirma Alicia Borinsky, “*El mundo alucinante* trabaja con datos históricos, sigue lo que puede ser considerado como la vida de Fray Servando, pero destruye constantemente la linealidad cronológica por medio de elementos contradictorios” (1975, p. 613). Lo cual equivale a decir que el anacronismo, la exageración, la meta-ficción, la intertextualidad, la parodia, la heteroglosia y lo carnavalesco constituyen las estrategias literarias que, en la pluma de Arenas, harán de las *Memorias* y de Servando Teresa de Mier dos referentes suspendidos en la distorsión. Distorsión que es un laberinto alucinante, como dice Emir Rodríguez Monegal (1985), quien evoca la novela caótica de Ts’ui Pen, uno de los personajes borgianos trazado en “El jardín de senderos que se bifurcan” (1941). Así, en la novela, Arenas no solo cuestiona el progreso narrativo al proponer tres “Capítulo I” y tres “Capítulo II”, sino que pone en crisis la certeza de una única voz narrativa. Este procedimiento demuestra y enfatiza las debilidades de la estructura objetiva del discurso histórico, y refuerza y potencia los elementos imaginarios y creativos, como basamento de todo lo concerniente a la literatura. Más importante aún, como dice el mismo Rodríguez Monegal, es que “en la selección [e invención] de los episodios y en la manera de narrarlos, Arenas demuestra que los textos de Fray Servando son para él, real y literalmente, pretextos. Es decir, textos sobre los que él escribe y reescribe, borra y oblitera, agrega y distorsiona, hasta lograr una destrucción paródica del original” (1985, p. 23). Basta observar la estructura de la narración, que descansa en la estructura de las *Memorias*, parodiando tanto los momentos biográficos que nombra como el uso del lenguaje de la época independentista

Esta predilección de Arenas por lo imaginario ante lo histórico es defendida desde varios puntos de vista. En primer lugar, para el cubano los mamotretos de la historia no recogen los impulsos, los motivos y las secretas pasiones que mueven al hombre.

mexicana. Al leer la novela de Arenas asistimos a una propuesta literaria en la que —entre discurso histórico, biografía y novela— la imaginación rebasa toda verdad histórica y se erige como una amalgama de lo posible.

Finalmente, para establecer la relación entre lo histórico y lo imaginario en *El mundo alucinante*, a los dos aspectos señalados se une la figura del fraile imaginativo José Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra (1763-1827). Es precisamente de esto de lo que primero se ocupa Óscar Rodríguez Ortiz, en la presentación a las *Memorias* (1994): de la “identificación entre vida agitada y novela”. Es decir, de aquello vivido por el “heterodoxo guadalupano”, que está sin duda moldeado en su autobiografía por la exageración, la desproporción y la magnificación de hechos reales. Se trata de un componente ficcional que atraviesa la vida y obra del fraile Teresa de Mier, y que es retomado por el genio de Arenas con claridad incuestionable. Sobre el clérigo criollo mexicano —semejante al jesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798) o al venezolano Francisco de Miranda (1750-1816), quienes hacen parte de la galería de los “precursores” de la independencia cultural latinoamericana frente a España— destacan los estudios de Edmundo O’Gorman, publicados por la Biblioteca Ayacucho. Y, recientemente, el estudio de Christopher Domínguez

Michael *Vida de Fray Servando* (2005) —considerado uno de los diez libros más importantes editados en México durante la primera década del siglo XXI— que en sus ochocientas páginas traza con erudición admirable, y no por eso de difícil lectura, el itinerario vital e ideológico de una de las raíces políticas más cuestionadas y complejas de la historia mexicana.

La inquietante y extraña flor Teresa de Mier destapa sus perfumes el 12 de diciembre de 1794, cuando pronuncia su provocador sermón, criticando las apariciones de la Virgen Morena en 1531. Teresa de Mier retoma la leyenda de aquel apóstol que, poseído por la vacilación, prefería sumergirse en las llagas de Cristo antes que creer en su resurrección. Se trata de Santo Tomás, sobre quien diversas estrategias teológicas barrocas (fraguadas más por un tratamiento literario que por una interpretación teológica sensata) contribuyeron a sustentar la idea de que evangelizó a los indígenas americanos mucho antes de la llegada de Hernán Cortés. Como dice Juan Guillermo Gómez, “las escandalosas proposiciones de Teresa de Mier se sustentaron en un cuerpo de especulaciones, inciertas inferencias filológicas, paralelismos o semejanzas más o menos forzadas entre la tradición nativa mexicana y la española” (2011, p. 29). Con lo cual, según Domínguez Michael, “el sermón de Servando le pareció al señor arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta una llamarada que amenazaba con incendiar la legitimidad española sobre el Nuevo Mundo” (2005, p. 120). A partir de ello, sin duda se instala un punto común entre Servando y Reinaldo: aquel que se remonta al apóstol Santo Tomás que, cargado de personalidad contradictoria, de excentricidad, incredulidad, viajes y prisiones, da origen a una literatura apócrifa. Como lo plantea el mismo Domínguez Michael al referirse al saber teológico, y teniendo como referente a Borges, dicha literatura cabe leerse como “una rama de la literatura fantástica”. Tan fantástica como la novela del cubano.

4

Si se quiere observar de dónde proviene el fulgor de la novela histórica latinoamericana, los lectores tendremos que detenernos un rato en la obra de Arenas. Al analizar los aspectos estéticos en los que se sostiene la relación entre historia y literatura

en *El mundo alucinante*, es posible advertir que en su novela Reinaldo Arenas pone en evidencia la crisis del saber historiográfico y transforma a cabalidad la novela histórica en América Latina. En realidad, es difícil encontrar en su época otra propuesta en la que se consoliden, en definitiva, las características de este género narrativo, como valores estético-literarios que el autor asume decidida y conscientemente. Con Juan José Barrientos (2001), se puede pensar que *El mundo alucinante* es quizá la novela candidata a ocupar el pódium de la primera auténtica nueva novela histórica en América Latina. A partir de ella, esta tendencia escritural repunta en las últimas décadas del siglo XX, influyendo en los lectores de manera crítica ante los discursos históricos, al efectuar una relectura de ellos y cuestionar su legitimidad. ■

David Marín Hincapié (Colombia)

Escritor. Realizó estudios de literatura en la Universidad de Antioquia. Ha publicado el libro de prosas poéticas *Abro la noche* (Fundación Arte & Ciencia, 2011), con el que recibió la Beca de Creación en Literatura de la Alcaldía de Medellín (2010).

Bibliografía

- Arenas, Reinaldo (2001). “Gabriel García Márquez ¿esbirro o es burro?”. En: *Necesidad de libertad. Grito luego existo*. Miami: Ediciones Universal.
- (2010). *El mundo alucinante*. Barcelona: Tusquets.
- Barrientos, Juan José (2001). *Ficción-historia: la nueva novela histórica hispanoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Borges, Jorge Luis (2009). *Obras completas I (1923-1949)*. Edición crítica, comentada por Rolando Costa Picazo e Irma Zangara. Buenos Aires: Emecé.
- Borinsky, Alicia (1975). “Re-escribir y escribir: Arenas, Menard, Borges, Cervantes, Fray Servando”. En: *Revista Iberoamericana*, Pensilvania-Estados Unidos, 41(92-93), pp. 605-616.
- Carpentier, Alejo (1985). “Prólogo”. En: “El reino de este mundo”. *Obras Completas*. Vol. II. 3ª ed. México: Siglo XXI Editores.
- Cittadini, Gabriela (2011). “Borges y el concepto de historia”. En: *Revista Digilenguas*, Córdoba (Argentina), N.º 7, pp. 41-48.
- Domínguez Michael, Christopher (2005). *Vida de Fray Servando*. México: Ediciones Era - Conaculta.
- Gómez García, Juan Guillermo (2011). *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica*. Medellín: Universidad de Medellín-Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez Monegal, Emir (1985). “El mundo laberíntico de Reinaldo Arenas”. En: *Vuelta*, México, N.º 101. pp. 22-25.
- Schwob, Marcel (1997). “Prólogo”. En: *Espicilegio. Mimos. Vidas imaginarias*. Madrid: Siruela, pp. 133-140.
- Teresa de Mier, Fray Servando (1994). *Memorias*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.